

BOLETÍN INFORMATIVO

EL FANTASMA DE LA VEJEZ

Por Emma Godoy

El fantasma de la vejez sobrecoge a muchos. Se piensa en que se acabarán los placeres de la juventud. En que los que hoy nos dan un cariño apasionado, mañana se alejarán con frialdad de nosotros. En que ya no tendremos ni proyectos, ni esperanzas, sino una vida árida y oscura, preludio de la muerte. Si esto es así, ¿por qué entonces en las plegarias de todas las religiones se pide una larga vida?

Quizá no sea tan espantosa la vejez como la pintan. O, al menos no lo sea para los que saben que la ancianidad es la edad de la sabiduría.

Quienes fincan su vida en los placeres sensoriales, sin duda esperan con pánico la senectud, que sin piedad va a derrumbarles toda esa ventura. El hombre que termina siendo sabio necesita tiempo y más tiempo para sus investigaciones.

Para las personas espirituales, más bien las pasiones de la juventud fueron una traba y se glorían de haberlas dejado atrás. En uno de sus diálogos, Platón hace un exaltado elogio de la vejez y lo mismo pensaba Cicerón cuando escribió De Senectute.

En la medida en que hay espíritu, la ancianidad deja de ser un fantasma para ser una ardiente promesa. Pitágoras, Sócrates, Platón, compusieron sus mejores obras en la ancianidad. Moisés tenía 80 años cuando liberó al pueblo judío. Goethe escribió el Fausto a esa edad y la lista es interminable.

Una nación madura y culta estimulará a los ancianos, pues sabe que ellos han sido los maestros de la humanidad. Recuerdo ahora unos versos románticos, pero que vienen muy a cuento:
Que tiene la vejez horas tan bellas
Como tiene la tarde sus celajes
Como tiene la noche sus estrellas.



CENTRO GERIÁTRICO SINANK'AY